

CAPITULO VI

EL ECO DE UNA BATALLA

6.1

Faltaba poco para que amaneciese el viernes trece de septiembre, o idus de septiembre, como más usualmente se decía, jornada en que estaba decidido terminara la infructuosa vigilancia de Foix, sin embargo, el destino les iba a deparar un acontecimiento de trascendental importancia para su causa.

Aún no había cantado el gallo que anunciaría la finalización del turno de guardia de la pareja de escuderos, cuando Jacques, medio adormilado, vio como por la calzada de Toulouse se acercaban al trote, ayudándose con sendas antorchas para iluminar someramente la calzada, dos jinetes. No tardaron en alcanzar la puerta del puente sobre el Ariege y, tras solicitar paso franco a los velas, se introdujeron en la ciudad.

El escudero y su compañero Rimont, ya espabilado por el primero, agudizaron vista y oídos tratando de captar qué causa traía tan a deshora a aquellos dos hombres.

El efecto que en la tranquilidad de la madrugada produjo aquella llegada, no se hizo esperar. A pesar de la distancia, el viento favorable traía hasta ellos el son de voces alarmadas, de puertas que se abrían y cerraban con violencia, de pasos apresurados y el rumor de ciudadanos conversando mientras acudían a concentrarse en la plaza mayor.

Era evidente para los dos observadores, que aquellos mensajeros traían alguna noticia nada halagüeña para los habitantes. No tardaron las campanas de Saint Voulois en comenzar a tocar a rebato convocando a vecinos y moradores para una asamblea, como siempre se hacía cuando algún peligro se cernía sobre la villa. Y apenas estaba amaneciendo.

Jacques corrió a comunicar estas novedades a los suyos e inmediatamente subieron al mirador, junto con la pareja que entraba de servicio, Ferdinand, Adrien y Bernard.

Los cruzados hubieran dado cualquier cosa por saber qué suceso podía haber provocado semejante revuelo, pero, por desgracia, la distancia era demasiada para enterarse. Todos estuvieron de acuerdo con que el asunto tenía que ver con la guerra, probablemente había tenido lugar la esperada batalla entre ambos ejércitos. ¿Cual habría sido el resultado? Se temían lo peor dada la diferencia de fuerzas a favor del Rey Pedro de Aragón, una proporción de siete a uno, tal como habían estimado desde el altozano frente a Muret. El monarca podía reunir entre sus huestes catalano-aragonesas, las mesnadas de sus vasallos o aliados occitanos y las milicias de Toulouse, catorce mil hombres como poco. Su caudillo, Simón de Montfort, no disponía más que de unos mil jinetes, y sus fuerzas auxiliares de infantería ni siquiera alcanzaban ese número, así que, en total, difícilmente sumarían dos mil guerreros.

Según clareaba fueron llegando otros jinetes, ahora ya al galope, pero siguieron sin enterarse a ciencia cierta de qué demonios sucedía, de manera que los francos regresaron a la granja quedando en el mirador únicamente la nueva pareja de vigilantes, la de Pierrot y Charles.

La ansiedad por conocer lo ocurrido empezó a reconcomer por dentro a los cabecillas del grupo y pronto se contagió al resto de sus compañeros, pero de momento no les cabía más que esperar. El Mariscal ya no contaba con la baza de enviar al paje en funciones de espía, ni siquiera al propio Arnaut, que se había convertido de la noche a la mañana en un personaje no grato a sus vecinos al haber dado hospedaje a los indeseables “perros” de Simón.

Un poco más avanzada la mañana, las campanas de la Abadía comenzaron a repicar de nuevo, pero esta vez con el toque espaciado y lúgubre de la muerte. Se empezaron a disipar sus dudas, la batalla, contra toda lógica, la debían haber perdido los herejes y sus protectores y, de confirmarse esto, era evidente que la Voluntad del Altísimo estaba de por medio, pues sólo un milagro permitiría semejante proeza.

Como el capitán fue prevenido a media mañana por la pareja saliente del mirador de que los moradores del valle estaban regresando a sus caseríos una vez terminada la asamblea, decidió aprovechar la ocasión para enviar a Arnaut, junto con Rimont e Ibeloki, a las granjas más cercanas con objeto de recabar información.

Partieron los tres con presteza, pues se tuvo la intuición de que los campesinos regresaban

a sus hogares, diseminados por toda la cuenca, con el único objeto de preparar sus equipajes para marchar después a refugiarse en el interior de la villa. Si efectivamente se había producido la derrota del Rey Pedro, no sería de extrañar que el pánico se hubiera apoderado de los habitantes sabiendo que tenían allí mismo un destacamento de los cruzados católicos, y quizás no hubiese ya nadie para defenderlos.

Era casi mediodía cuando el trío enviado por Ferdinand consiguió ponerse en contacto con uno de los vecinos de Arnaut. Efectivamente, aquella asustada familia procedía a toda prisa a empaquetar sus escasos enseres y provisiones para abandonar su casa y dirigirse a Foix.

Cuando los granjeros vieron llegar al boyero, secuestrado o colaboracionista, en compañía de un hombre armado y del conocido falso mudo, temieron por sus vidas, pero Arnaut se esforzó en tranquilizarles explicando, aún desde lejos, que solamente venían en busca de información.

El entusiasmo de escudero y paje al comunicarles los labriegos el inaudito desenlace del encuentro armado, fue proporcional al disgusto de su acompañante. Era cierto, se había librado una gran batalla en la llanura que se extendía frente a Muret, y en ella, el ejército de los protectores de herejes había sido diezmado, el Rey Pedro de Aragón se encontraba entre los innumerables muertos.

Sólo podían añadir algunos pocos rumores escuchados... que la mesnada del Conde de Foix era de las más castigadas, que las milicias urbanas de Toulouse habían sido masacradas, mientras que su propio Conde, Raymond VI, junto con sus caballeros, se había limitado a huir... Pero nadie se explicaba aquel descalabro. Al parecer algunos acusaban al Rey de haber acudido a la batalla totalmente ebrio tras una noche de orgía, otros al Conde de Toulouse de haber traicionado al monarca... Nada más podían contarles.

En un momento de la breve charla, y ante un reproche de su vecino, Arnaut, a pesar de la compañía, se excusó diciendo que no alojaba a los cruzados sino por el miedo a que éstos cumpliesen sus amenazas de asesinar a su familia. “Manosrápidas” e Ibeloki no esperaban aquella salida de tono y se limitaron a desmentirle.

Al poco retornaron los tres hacia la granja. Caminaban deprisa y en silencio. Ahora Arnaut estaba arrepentido de su pequeña felonía que no podía ser más inoportuna dada la situación actual, estaba a merced de los vencedores y su Conde de poca ayuda iba a servirle. Rogó a sus acompañantes que perdonasen su infidelidad y que se hiciesen cargo de su complicado papel, ellos acabarían marchándose y él tendría que afrontar junto con los suyos la responsabilidad de haber tenido albergados a los homicidas de tantos jóvenes de Foix que, sin duda, habrían muerto en la batalla. Las súplicas del boyero para que no informase a los jefes de la patrulla, acabaron conmoviendo a sus dos guardianes que le prometieron mantener la boca cerrada.

Entre tanto, en la hacienda, los cruzados esperaban anhelantes el regreso de los tres enviados. Especulaban con el alcance de los acontecimientos al parecer favorables a su causa, percepción confirmada por el panorama de que eran testigos: los campesinos cargados con sus pertenencias y conduciendo sus ganados camino de la ciudad y el triste y monótono sonido de las campanas.

Los comisionados estaban de vuelta hacia nona. Llegaban a paso vivo, con el rostro encendido y la respiración jadeante por el esfuerzo. Resultaba difícil averiguar por su semblante si la noticia era buena o mala. Todos esperaban en la puerta de la casa, embargados por una expectación intensa.

El primero en hablar fue el paje, que alterado por la agitación del momento y la falta de resuello, lo hizo con palabras atropelladas e inconexas:

- ¡La hemos... ganado... la batalla... en Muret... una batalla y...! ¡El Rey... Pedro ha muerto... allí!

Una ola de entusiasmo encendió los ánimos del grupo.

- ¡HURRA!- gritaron al unísono.

Y continuaron celebrándolo con profusión de vítores y abrazos, con genuflexiones y alabanzas a Dios. Y como la algarabía que montaban crecía sin control desentonando con el silencio y tristeza que se respiraba en el valle, el Mariscal consideró adecuado atajar aquello

pidiendo calma a los más jóvenes.

- ¡Callad!, ya está bien de jarana. ¡Tranquilizados! Sigamos escuchando la noticia- y luego solicitó Ferdinand a los recién llegados- ¡Contadnos más despacio lo que habéis oído, con calma!

- ¡Pues ello!- esta vez habló Rimont, bastante más sosegado- ¡Que los nuestros han vencido, no... han barrido a los aragoneses y a todos los amigos de los herejes! ¡El Rey de Aragón ha muerto en la batalla! Dicen que estaba borracho, o algo así, y también que el Conde de Toulouse le ha traicionado abandonando el campo de batalla sin luchar.

- Pero, ¿cuándo y dónde ha ocurrido?- preguntó el capitán que no podía disimular, junto con su natural alegría, un sentimiento de decepción o envidia por haberse perdido aquella victoria.

- Ayer mismo, junto a Muret- respondió el escudero.

Miró ahora Ferdinand hacia el granjero y exploró su semblante con ánimo de corroborar en su expresión la noticia.

- Así nos han contado, parece que los nuest... vamos... los herejes,... el Rey de Aragón, ha perdido la batalla y la vida- contestó Arnaut al sentirse interrogado- Han muerto muchos aragoneses y tolosanos... también gente de aquí- no pudo evitar, diciendo esto último, que saliera su voz con una inflexión de amargura.

Los cruzados siguieron interrogando a los tres informadores, aunque nada más podían aportar, mientras especulaban exaltados sobre la asombrosa victoria, pero el Mariscal estaba ya como ausente. Se alejó un trecho y acabó dando cortos y nerviosos paseos de un lado para otro mientras devoraba lo poco que le quedaba de sus raídas uñas. Y finalmente, al cabo de un rato, marchó en dirección al mirador con aparente intención de informar al templario y al sargento, en ese momento de guardia.

No tardó mucho en regresar y lo hacía con ánimo decidido, sin duda había tomado una determinación. Pidió un voluntario que le sustituyese en su próximo turno de vigilancia e inmediatamente empezó a dar órdenes a sus expectantes subordinados:

- ¡Lorent, Jacques, ensilladme a “Horizon”, con el arnés completo pero sin gualdrapas! ¡Tú, Ibeloki, prepara unos vendajes con un lienzo! ¡Y tú, Geubert, mata un pollo y tráeme la sangre! ¡Rimont, ayúdame con la armadura! En cuanto a vos, Bernard, me vais a prestar vuestro sobreveste, vamos, si no tenéis inconveniente.

Los escuderos y siervos se pusieron diligentemente manos a la obra, aunque al cocinero le costó un poco más y por supuesto no inició la misión encomendada sin antes protestar en “arameo”. Bernard, de muy mala gana, fue a por su cota de armas, y eso que aún no conocía el triste destino que le esperaba a la prenda.

En un santiamén, el capitán estaba listo para llevar a cabo sus planes. Se había puesto su clífono y demás prendas de combate, vendado el antebrazo izquierdo y también la cabeza, ésta de tal manera que su mandíbula inferior quedaba soldada al resto del cráneo y por tanto la boca cerrada. Las vendas fueron manchadas convenientemente con la sangre del pollo para simular las heridas. Prescindió del yelmo, el almófar y la cofia para no tener que estropearlos, como lógicamente hubiera sucedido de recibir en la cabeza el golpe que pretendía fingir. Descartó coger por igual motivo el escudo y la lanza. Se puso a continuación sobre la armadura, tras hacerle jirones, el sobreveste amarillo del hidalgo occitano y terminó ciñéndose a la cintura el talabarte con las armas.

Bernard montó en cólera al ver el trato dado a la vestimenta prestada, pero Ferdinand le aseguró que era absolutamente necesario para evitar que reconocieran su blasón, y que él mismo le regalaría uno, más lujoso incluso, en cuanto pudiese. El porqué de que el Mariscal no hubiese roto su propia dalmática obedecía, según explicó al hidalgo, a que el sobreveste negro de los Flambó era más conocido, pero todo el mundo imaginó que esa era sólo una mala excusa para castigar de nuevo al arrogante occitano, que tuvo que volver a tragarse su propia hiel. Bernard deseó con todas sus fuerzas que el pérfido franco fracasase en la empresa que pensaba acometer, fuese ésta la que fuese.

Ferdinand montó su brioso y enorme corcel azabache. La cota de malla de éste había sido previamente castigada con algunos espadaños por aquí y por allá, para aparentar en el animal, al

igual que en su amo, los avatares de un combate.

Ya habían entendido el resto de los cruzados las intenciones de su jefe, sin que éste se las hubiese comunicado a nadie. Se iba a internar en Foix haciéndose pasar por uno de los caballeros derrotados en Muret. Ataviado así era imposible reconocerle, y el vendaje de su supuesta herida en la cabeza, no solo le ocultaba el rostro, sino que además le proporcionaba la coartada para no tener que hablar palabra, evitando así que su dialecto le delatase.

El capitán espoleó su caballo y se perdió al galope por el camino del valle, debía apresurarse pues el Sol ya se ocultaba por el horizonte y tenía poco más de una hora de luz para llegar a la villa.

Tal como había imaginado, no le fue difícil entrar en Foix a pesar de ser prácticamente de noche. Había dado un amplio rodeo para vadear el Ariege y llegar al puente de piedra por el camino de Toulouse, que era por donde llegaban casi continuamente los grupos de caballeros e infantes derrotados, muchos de ellos heridos. Algunos eran de allí, pero en la mayor parte de los casos se trataba de desconocidos, catalanes o aragoneses en busca de un refugio provisional donde descansar y reagruparse antes de regresar a su tierra. También entraban muchos refugiados civiles moradores del alfoz o incluso de más lejos. La villa estaba atestada y las puertas, aunque bien vigiladas, permanecían abiertas a cuantos buscaban amparo tras la frágil muralla.

Rechazó la ayuda de los monjes y vecinos que querían examinarle las heridas para darles nueva cura, y, tras dejar su montura al cuidado de una acogedora familia que por su apariencia no tenía pinta de ponerse a hacer pesquisas sobre el tipo de atalajes del caballo o su marca de propietario, se puso a vagar por el pueblo acercándose a cuantos corrillos veía para enterarse de lo que en ellos se comentaba.

A pesar de lo avanzado de la hora, a la escasa luz de antorchas y candelas se sucedían escenas de aflicción e inquietud, y por ellas fue deduciendo Ferdinand que la victoria de los suyos había sido aplastante. Sin duda, estimando el gran número de participantes implicados y la importancia de sus líderes, lo decisivo del encuentro y las previsibles consecuencias políticas y religiosas, consideró que se acababa de librar una batalla de las que pasan a la historia, y “yo me la he perdido”, se sentía extrañamente mal.

Cuando se cansó de deambular, volvió a la casa donde guardaban a “Horizon” y acepto recogerse allí a descansar, aunque hubo de rehusar un nuevo intento de curarle la herida o el ofrecimiento de comida.

Al amanecer, tras aceptar beber el agua que le ofrecían con la ayuda de una pajilla, volvió a salir en busca de más noticias. Estando junto a la empinada cuesta del castillo, se encontró para su sorpresa con una numerosa columna de jinetes, algunos de ellos muy conocidos aunque sólo fuese de vista, que descendía de la fortaleza. Los herejes y toda su comitiva de caballeros aragoneses, catalanes y monjes de la Orden del Hospital, entre cuarenta y cincuenta personas y una cantidad aún mayor de animales contando los dedicados al transporte de vituallas.

Ante los atónitos ojos del capitán desfilaron todos y cada uno de los fugitivos a los que nunca había tenido tan cerca, apenas unos pasos le separaban. Entre los bagajes cargados por las acémilas, apreció unas sospechosas sacas de pesado aspecto precisamente en aquellas que eran conducidas por los propios herejes. La mujer que vestía el hábito de “perfecta”, llevaba un cofre muy bellamente labrado sobre la grupa de la mula que montaba.

Ferdinand juzgó que se le escapaban definitivamente, delante de sus propias narices y cargados con aquellos codiciados tesoros definitivamente reales y no soñados, que estaban ahí mismo, al alcance de sus manos. Le invadió el más negro desaliento.

Por su cabeza pasó una idea tan desesperada como arriesgada. Se aflojó un tanto el vendaje que sellaba sus mandíbulas, y de inmediato se lanzó hacia la montura de uno de los jinetes que cerraba la comitiva, un caballero catalán con su característico sobreveste listado de gualda y grana, asiéndose a las bridas de su cabalgadura como si de un enajenado se tratara, mientras fingía congoja y miedo:

- ¡No podéis iros! ¡Ahora no...! ¡Moriremos todos!- le gritó el capitán con voz deliberadamente desfigurada para disimular su acento, bajo el pretexto de sus vendajes.

Logró frenar un momento el caballo provocando que éste, asustado, se encabritara.

- ¡Apartad de aquí, loco!- respondió el caballero que no comprendía bien qué cosa decía aquel guerrero herido.

- ¡No nos abandonéis! ¿Por qué...? ¿A dónde vais? ¡Llevadme con vos!- continuó exclamando Ferdinand mientras seguía agarrado a aquellas riendas con grave riesgo de recibir un manotazo del caballo, en pie sobre sus cuartos traseros.

El Mariscal terminó cayendo por el suelo ante el brío del espantado bruto y los esfuerzos del jinete por gobernarle y deshacerse de aquel perturbado. Y muy a tiempo, por fortuna para el franco, pues ya se arremolinaban alrededor de su compañero otros jinetes dispuestos a librarle de aquel estorbo, y tentado alguno de hacer uso de su pesada maza para terminar de romper la cabeza al imprudente sujeto.

- ¡¿DONDE VAIS, POR DIOS?! ¡NO NOS DEJEIS ASÍ!- Aún gritó con toda su alma el guerrero caído, descuidando incluso sus anteriores esfuerzos por desfigurar su habla.

Felizmente, aquellos catalanes y aragoneses que le rodeaban, no llegaron a percatarse de que su pronunciación no era la que debía corresponder a uno de sus aliados. Entre risas e improperios al caído, los jinetes se alejaron velozmente para incorporarse a su columna. Uno de ellos, de los más jóvenes, quizás conmovido por la pérdida de juicio de aquel veterano, le respondió mientras cabalgaba cuesta abajo:

- ¡Venidos a Zaragoza! Allí estaréis a salvo.

Ferdinand entendió perfectamente la palabra Zaragoza. Mientras se levantaba del suelo alborozado por su pequeño logro y procedía a sacudirse el polvo, recordó aquella ciudad. Estaba muy lejos, al otro lado de los Pirineos, en Hispania, pero él la conocía, había estado allí unos días cuando regresaba de hacer el camino de Santiago, allá en sus años mozos. “¡Qué coño! ¡Pensándolo bien... no está tan lejos! Entonces viajaba a pie, y ahora mismo, que estamos a tomar por culo de Etelnon, nos pilla mucho más cerca que nuestro hogar”.

Entonces se encaminó hacia el castillo para ver si los centinelas podían contarle alguna cosa más. Allí, junto a la puerta, explicándose con señas, monosílabos o breves frases distorsionadas por su aparente impedimento, intentó sonsacar al guardián de turno cualquier cosa que pudiera serle de utilidad.

Se hizo pasar por amigo de uno de los herejes de Almir. Le respondió su interlocutor que estos no hacía un instante partían de la ciudad, se tenía forzosamente que haber cruzado con ellos, y efectivamente le confirmó su destino, un conocido lugar del reino de Aragón llamado Zaragoza. A la pregunta de por qué precisamente esa ciudad, el guerrero, que daba muestras de estar bien informado, le manifestó que, según parecía, el noble de más alcurnia entre los jefes de la escolta encargada de proteger al grupo de refugiados, un Barón aragonés llamado Gonzalo, diciendo seguir instrucciones concretas del Rey Pedro para el caso de una derrota de sus tropas, había hecho prevalecer su voluntad sobre los otros dos capitanes, un catalán y el preceptor de los hospitalarios, e incluso sobre el propio Conde de Almir.

Como cosa suya, el centinela, hombre que sin duda gustaba de las habladurías, confesó a Ferdinand que el veía muy extraña la forma tan precipitada de proceder de aquellos nobles. Más daba la impresión de que intentaban evitar el encuentro con el Conde de Foix, el cual gracias a Dios había salvado portentosamente su vida, y cuya llegada con los restos de su mesnada parecía inminente.

Ferdinand no quiso seguir tentando a su buena estrella y decidió que era hora de partir de la ciudad dándose por satisfecho con todo lo averiguado. Fue a la casa donde guardaban su caballo y, tras agradecer a la piadosa familia la ayuda prestada, rechazar por tercera vez el intento de examinarle la herida y el ofrecimiento de comida, y entregarles un par de denarios por sus servicios, monedas que rechazaron firmemente, se marchó a pie arrastrando su montura por las riendas.

El Mariscal reparó en que aquella gente tan acogedora era, con toda probabilidad, hereje, y sin embargo se habían portado con un espíritu cristiano encomiable, aquello suponía para él una prueba más de la majadería de aquella guerra religiosa, pero como profesional de las armas que era, y servidor fiel de su patrón y amigo, el Conde Gerrart “le Flambó”, poco le importaba si había justificación suficiente o ninguna para invadir aquel país.

Salió de Foix por la puerta del puente y, tras montar, se alejó al trote por donde había venido la víspera. Por el camino de vuelta a la granja, y mientras se cruzaba con partidas de caballeros en retirada, muchos de ellos heridos, otros muertos y cargados sobre sus monturas siendo éstas guiadas por sus camaradas, un torbellino de pensamientos y emociones mantenía su cabeza ocupada. La frustración por no haber participado en aquella batalla, la codicia que en él despertaba la imagen de aquellas sacas sin duda repletas de oro, el sentimiento de humillación y de culpa que le surgía al imaginarse presentándose ante su patrón con las manos vacías y aquel fracaso a sus espaldas, le hicieron tomar la resolución descabellada de perseguir a los herejes hasta la mismísima Zaragoza.

Se decidió a coger el toro por los cuernos, a realizar una gesta gloriosa de la que tanto los Flambó como el resto de sus acompañantes pudiesen sentirse orgullosos toda la vida. Contaba con que ellos le apoyarían y le seguirían, al igual que él se vio arrastrado a cruzar el puente del Garona en contra de su voluntad, presionado por muchos y sin recibir siquiera un respaldo firme de los más pusilánimes. Y, dándole vueltas al asunto, se le ocurrió un plan viable para poder adentrarse en el territorio enemigo.

6.2

El vigilante de la granja observó, hacia media mañana, cómo se acercaba el capitán por el camino del valle y dio aviso a sus compañeros, que corrieron a recibirle ansiosos de noticias como estaban y ya un tanto preocupados por su tardanza.

Ferdinand desmontó y, allí mismo, tras quitarse los vendajes, les puso al corriente de sus pesquisas ante la admiración de todos por el valor derrochado una vez más por su líder. Les informó sobre la salida de los herejes, que ya conocían por los centinelas del mirador, cuyo servicio seguía activado, y el destino de éstos, Zaragoza, la mayor ciudad del reino de Aragón. También les contó pormenores de la batalla que circulaban por la villa, y describió el estado de ánimo, mezcla de pánico y duelo, de los habitantes. Finalmente, expuso eufórico su plan dejándoles con la boca abierta, ¡iban a continuar con la misión a pesar de todo!

Se entabló entonces una intensa polémica entre los cruzados. Los más realistas, representados por Pierrot, pensaban que era mejor esperar los refuerzos que en seguida mandaría el Conde, Muret estaba, marchando sin prisas, a dos jornadas de viaje, sólo era necesario aguardar ese plazo o bien dirigirse ellos mismos hacia allí.

Sin embargo, otros dieron la razón al capitán. Entre ellos Bernard, Marie, Charles y Rimont. Estos tenían motivos para creer que si llegaba alguna partida de la hueste católica o incluso de su propia mesnada, sus componentes les relegarían a un segundo plano o, aún peor, les podían llegar a ordenar reintegrarse a su unidad, apartándoles de la misión. Y para nada querían que eso sucediera, suponría un rotundo fracaso, una vergüenza, una mancha imborrable en su honra.

En Marie y en Rimont, pesaba el afán de gloria y el ferviente deseo de recuperar la Reliquia para la Religión verdadera. También el viejo caballero anhelaba llevarse un triunfo en esta, puede que su última, cabalgada. Sin embargo, el caso de Bernard era distinto, en él podía más la codicia por recuperar los bienes terrenales que él pensaba le habían arrebatado, que su aprensión por la envergadura de la empresa.

Otro que no le hacía ascos a la aventura propuesta era Jacques, que ansiaba librarse del mal sabor de boca que le producía aquella frustrante campaña y el desconsuelo de no haber podido participar en la batalla de Muret. No se hallaba presente Adrien, de centinela en el mirador, pero a todos parecía obvia la que sería su postura, para él era fundamental recuperar la Sagrada Corona, entre otras cosas por los problemas que su deserción iba a acarrearle si se presentaba sin ella ante sus superiores. Tampoco ofrecía demasiadas dudas la posición hacia la que se inclinaría el mercenario, igualmente ausente, marcharía a cualquier sitio mientras le pagasen bien.

El capitán, arropado de esta manera por la mayoría de los guerreros, pudo imponer su tesis, con la única oposición de Pierrot y el silencio momentáneo del estupefacto Paul, puesto que las caras de disgusto o las protestas de los criados presentes, poca importancia tenían para el Mariscal.

Éstos no solían asistir a las reuniones, y cuando por casualidad así lo hacían, eran meras comparsas. Pero la vida en común que llevaban caballeros y siervos desde que empezara la misión, iba dando sus frutos en el sentido de hacer menos nítidas las barreras de clase, y así, el cocinero Geubert se atrevió a exponer abiertamente sus reticencias.

Le parecía un disparate el marchar tan lejos y no esperar al Conde, contando con tan pocos hombres y pertrechos. Ferdinand, no sólo no le respondió sino que le lanzó una mirada fulminante, haciendo a continuación un gesto de perdonarle la vida o al menos de contenerse para no soltarle una bofetada, como quizás hubiese hecho en cualquier otra ocasión. Geubert tuvo la desfachatez de responder aún que él no se sumaría a tan descabellada misión. Los caballeros y escuderos se miraron unos a otros, alguno con una pequeña risita por el audaz atrevimiento del siervo. Mientras, Lorent e Ibeloki se mordían los labios preocupados por aquella pequeña insubordinación que podía desencadenar un empeoramiento del exquisito trato que estaban recibiendo por parte de los guerreros en aquellos días. Pero el capitán optó por volver a ignorar al cocinero, ahora ni siquiera le miró.

- ¡Bien, está decidido! ¡Iremos tras ellos, hasta Zaragoza y hasta el fin de la Tierra si fuera necesario!- dijo con tono autoritario el Mariscal, en un mensaje dirigido a los más tibios- Os recuerdo a todos que fui de los pocos que me quise volver atrás a la vista de Toulouse antes de cruzar el Garona, y entonces, ninguno de los cagones de siempre se encaró seriamente a la mayoría que acordaba continuar adelante sin esperar a los refuerzos del Conde, alegando que nuestra misión era trascendental y que no podíamos separarnos de ellos ni por un momento. No os opusisteis con todo el ardor que merecía el caso a pesar de la locura que nos vimos obligados a hacer para atravesar sus líneas y cruzar el puente, operación que me vi obligado a planificar...

Le interrumpieron en ese punto las protestas de algunos que sostenían que él había sido quien tomó la decisión de realizar la descabellada carga contra el puente. Maniobra que salió bien por pura casualidad o, más probablemente, por la protección de no se sabe qué santo, y que aún no sabían si habría costado la vida del pobre Aubert.

Pierrot, y ahora también Paul, volvieron a insistir sobre las cuitas que les producía la insensata propuesta, y amparándose en ellos, el cocinero se atrevió a protestar de nuevo. Ferdinand ya no lo pudo tolerar, con su enorme mano asió a éste por la pechera y lo arrastró hacia sí, hasta quedar su cara y la del siervo frente a frente, a un palmo de distancia:

-¡QUE NO TE QUIERO OIR MÁS! ¡¿TE LO DIGO MÁS CLARO?!- le dijo, no gritando sino bramando.

Luego, estiró su brazo al tiempo que le soltaba. El cocinero cayó a tierra impelido por el fuerte empujón. Se levantó con el rostro arrebatado por la ira, pero prudentemente se contuvo alejándose cabizbajo.

Pierrot, uno de los que más malestar produjo aquella escena, retornó a la carga jugándose una respuesta airada de su maestro, a pesar del afecto que sabía le profesaba:

- ¡Yo también creo que es disparatado! ¿Cómo vamos a adentrarnos en un país que, hoy por hoy, es nuestro enemigo? ¿Cómo y por dónde vamos a atravesar los Pirineos? No somos bastantes para tan atrevida incursión, no tenemos suficientes provisiones, desconocemos los caminos, las costumbres, ni siquiera les entenderemos cuando hablen... En resumen, ¡es una locura!

Ferdinand puso los brazos en jarra y le miró de arriba abajo con disgusto, pero consiguió dominar su cólera, no deseaba crear aún más malestar. En lugar de reprenderle, se dispuso a exponer a todos el que consideraba genial proyecto:

- Nos haremos pasar por mercaderes, tratantes de ganado, y así entraremos en Aragón. La mercancía la tenemos, nuestros caballos y mulas. Sólo necesitaremos unas carretas donde esconder nuestras armas y armaduras. Tenemos dinero suficiente para comprar provisiones y pagar peajes. El territorio lo conozco, y también lo conoce fray Adrien. El idioma no es tan distinto, y si lo es, para eso os tenemos a vosotros- el capitán se refería a los tres Flambó, al templario y al capellán- los que entendéis el latín. ¡No se me escapa un detalle! ¿Eh?

Los ánimos estaban demasiado calientes para que alguien se atreviese a rebatir aquel plan que, por otra parte, la mayoría consideraba magnífico. Los partidarios de seguir con la aventura se vieron asaltados por una agradable sensación de euforia ante la extraordinaria epopeya que les proponía su jefe.

Pero no era el caso de todos, Pierrot, Paul, el capellán y los criados, lamentaban que el capitán impusiese su parecer sin tan siquiera escucharles.

Se dio la reunión por concluida volviendo cada cual a sus quehaceres. Ferdinand debía entrar de servicio en el mirador junto con Bernard en el próximo relevo, así que pospuso hasta última hora de la tarde la reunión que quería mantener con el templario y el hidalgo occitano en la que se planificarían los diversos aspectos de aquella operación.

Aquella noche se percibía un ambiente tenso en torno al hogar, y es que aquel era el reino de Geubert y en algo se tenía que notar el ánimo del cocinero.

Como de costumbre, tras la cena de la familia de granjeros, se sentaron a la mesa los caballeros que no estaban de servicio y el clérigo, mientras los escuderos, el sargento y los criados se situaban en los alrededores.

Geubert sirvió las escudillas y, tras la acostumbrada bendición del padre Johannes, hundieron los presentes sus cucharas en la sopa y las llevaron a la boca con avidez. La inmediata reacción de la mayoría fue escupirla, devolviéndola de nuevo a su recipiente los más mesurados, mientras otros la arrojaban explosivamente en forma de lluvia sobre el compañero que tenían enfrente.

Sólo Adrien y Ferdinand la mantuvieron por unos momentos en el interior de su boca, paladeando el repelente sabor y demostrando con ello, una vez más, su gran entereza. Después, el capitán la devolvió con sutileza a la cuchara y de ahí al cuenco, mientras el templario resueltamente se la tragaba destronando de este modo al duro capitán de los cruzados, aunque, eso sí, no pudo evitar la mueca de repugnancia.

Guardaron silencio mientras se miraban unos a otros, en primer lugar a sus vecinos de enfrente y de los lados, para acabar convergiendo todos los ojos en el jefe de la expedición, que en ese momento se limpiaba la boca con su manga y miraba hacia abajo, dando la impresión de meditar sobre la resolución que en breve iba a tomar. A nadie le cabía la menor duda de quién era el responsable, y cuales los motivos que tenía para haber saboteado la cena de aquella manera.

Geubert no se había sentado, permanecía apoyado en la pared con los brazos cruzados, observando a los comensales en silencio y disfrutando íntimamente de su venganza.

Ferdinand se levantó despacio. Si no fuera por el leve tono encarnado que poco a poco iba coloreando sus mejillas, nada hubiera denotado la rabia que sentía. Se acercó lentamente al cocinero y cuando estuvo frente a él, tras dirigirle una de sus furibundas miradas, sostenida con gran tesón por Geubert, propinó a éste, sin mediar palabra, dos fortísimas bofetadas cuyo sonoro restallido dejó helados a los presentes.

El siervo se mantuvo de pie a duras penas. Su rostro estaba encendido a causa de los dos guantazos, pero también por la cólera que aquella nueva humillación le provocaba. Mientras con su mano derecha se envolvía la mandíbula y con la izquierda apretaba la vaina de su daga, sus ojos despedían un odio indescriptible contra el Mariscal.

Éste se dio la vuelta tranquilamente dirigiéndose hacia la chimenea, de donde descolgó unas piezas de carne ahumada, las últimas que les quedaban, que luego depositó sobre la mesa. El paje recogía ya, aunque nadie se lo hubiese indicado, las escudillas con la bazofia.

Ahora Ferdinand se había vuelto a sentar y daba la espalda a Geubert. La mano derecha del cocinero se deslizó desde su cara hasta la empuñadura de su daga, movimiento que no pasó desapercibido a la mayoría. La tensión durante unos momentos fue máxima pero, finalmente, su buen juicio prevaleció y se fue calmando. Comprendió que nadie de los presentes consentiría que atentase contra Ferdinand y que lo más probable era que hallase la muerte en el intento.

Varios de los granjeros, acurrucados en un rincón, presenciaron asustados el drama sin comprender exactamente que sucedía. Como su cena de aquella noche se cocinó en marmita aparte, no les había afectado la fechoría del indócil siervo.

Durante el resto de la colación, la gente guardó silencio mientras iban cortándose pedazos de carne para acompañar al pan. Al terminar, y durante la breve sobremesa, hubo quien trató de romper el hielo charlando sobre cualquier tema baladí, y a nadie se le ocurrió tocar el candente asunto pues parecía importante olvidarlo cuanto antes.

Pese al suceso, la noche fue apacible, pero muchos no pudieron conciliar el sueño ante la

expectación de lo que les depararía la siguiente jornada. En realidad, el capitán no les había dado ningún detalle de lo tratado con Adrien y Bernard sobre los preparativos que deberían acometer de cara a la expedición, quizás para evitar nuevas polémicas, y tan sólo conocían el plan general expuesto por la mañana.

6.3

Era una auténtica sorpresa, un exquisito aroma se extendía por la casa. Geubert, aparentemente de buen humor, estaba junto a la lumbre terminando de hacer unas sopas que elaboraba con leche, harina tostada, tocino frito y ajo, un desayuno inusual y uno de los platos que más gustaban a Ferdinand.

El capitán estaba desconcertado, no esperaba que el castigo que diera la víspera al siervo pudiese ser tan eficaz. Se alegraba de haberle hecho entrar en razón.

Mientras desayunaban aquella apetitosa papilla en medio de un ambiente distendido y gratas conversaciones, la crispación de la noche anterior parecía haberse disipando por completo. Reinaba una euforia casi general que parecía corresponderse con la soleada mañana, pero no todos participaban de ese entusiasmo por el inicio de los preparativos para su próxima empresa.

Uno de los más descontentos seguía siendo Pierrot. De hecho, la victoria de los suyos sobre las tropas del Rey Pedro sólo le alegraba en el sentido de que su tío el Conde y sus allegados hubiesen salido bien parados, también por la cuestión de que él mismo ya no tendría que luchar, al menos en esa batalla anunciada, pero pensaba que el éxito de Muret significaba el triunfo de la injusticia y la intolerancia, y que la suerte del Languedoc y de su herética aventura religiosa, estaba echada.

A la vista del enardecimiento de su prima Marie, del viejo Charles, del escudero Rimont, del hidalgo Bernard, y no digamos del tío Adrien desde que se había enterado, analizaba si no se habrían vuelto todos locos, ¿cómo podían ser tan insensatos de no sopesar los obstáculos casi inabordables de la operación en ciernes?

Nada más acabar el almuerzo, Ferdinand retuvo en el hogar a todos los cruzados, incluyendo criados pero excluyendo a los vigilantes del observatorio, el centinela del camino estaba ya suprimido, para exponerles cuales iban a ser los preparativos necesarios y cometidos particulares de cada uno con vistas a la próxima partida.

De entrada era necesario bajar al pueblo para adquirir todo lo que él había estimado les haría falta. De ello se encargarían aquellos que consideraba más idóneos para la misión y suponía habían pasado más desapercibidos a los vecinos de Foix. Así que designó a Paul, Marie, Jacques, el padre Johannes, Lorent y al mismo Geubert, a quien quería darle un voto de confianza a la vista de su aparente enmienda.

El hecho de ser domingo, y por tanto estar vedadas las transacciones comerciales, no preocupaba en demasía al capitán, pues consideraba que los vecinos y sus autoridades andarían tan trastornados e inquietos que difícilmente iban a molestarse en poner trabas en esos críticos momentos a cualquier asunto urgente que tuviesen que solventar los cientos de refugiados que se agolpaban en la villa.

Entrarían en ella asumiendo el papel de un inocente presbítero y sus criados en viaje desde tierras lejanas y con necesidad de hacer algunas compras. Para sostener la coartada, Paul y Jacques debieron trocar sus lujosos briales por sayos prestadas por el granjero y su hijo mayor, mientras que Marie tendría que vestirse como una sierva tomando el vestido de una de las muchachas.

No le sentó demasiado bien a “Bicho” el tener que disfrazarse de esa guisa, hacía varios años que no usaba prendas propias de su género, desde mucho antes de su partida de Etelnon, pero se conformó pensando que era un pequeño sacrificio en pro de sus futuras hazañas. Las chanzas y risas de sus familiares y amigos, e incluso de los criados, la atormentaron por un rato, pero afortunadamente no tuvo que soportar las gracias del odioso sargento, en ese momento de guardia con el templario.

Sobre la hora tercia se encontraban ya en el camino del valle del Salat, descendiendo hacia

Foix para acometer todos los encargos del Mariscal. Aunque llevaban media docena de mulas, dos para vender y el resto para acomodar las mercancías que tratarían de adquirir, los criados, y también los que actuaban como tal, iban a pie, sólo el sacerdote montaba su yegua.

No había gran peligro de que les relacionasen con los cruzados de la granja, puesto que, además de dar un buen rodeo para llegar a la ciudad, el valle se hallaba tan desierto que pocos ojos podían advertir el lugar concreto de donde habían salido.

El sacerdote estaba a cargo del dinero asignado por Ferdinand para hacer frente a los presumibles gastos, y que venía a ser como la cuarta parte de lo que disponían en ese momento. En realidad, el capellán junto con el paje eran, por delegación del Mariscal, los encargados de la administración y custodia del capital con que contaba el grupo, como solía ser costumbre en la Casa de Flambó en ausencia del Mayordomo, máxima autoridad en la gestión del Tesoro, o del llamado Camarero o Camarlengo del Conde, secretario personal de éste y auxiliar de aquel en lo referente a contabilidad.

Atravesaron el Arget por el puente de madera y entraron en Foix por la puerta Sur. Al conocer los porteros que el motivo de la visita era realizar algunas compras, les cobraron el portazgo correspondiente, un denario por caballería, y de nada sirvieron las protestas del clérigo.

Una vez dentro, y tras asistir a la Misa Mayor, se dividieron según lo previsto en tres equipos para realizar las diversas gestiones, repartiendo la bolsa según las cantidades a las que previsiblemente tendría que hacer frente cada uno. La consigna era hablar poco y dar las menores explicaciones posibles, aunque tampoco les debía inquietar que la gente se diera cuenta de su nacionalidad, puesto que ellos “¡no tenían nada que ver con los perros de la cruzada!”, según les había indicado Ferdinand contestaran al ser preguntados.

Geubert y Jacques estaban encargados de comprar provisiones tanto para los cruzados como para sus animales, y se llevaron consigo dos de las mulas. Marie y el capellán habían de adquirir ropa usada y trastos viejos al objeto de cubrir con ellos sus armas y equipos de guerra una vez dispuestos en el fondo de los carros, de modo que esta mercancía serviría también como tapadera comercial. Se llevaron también otras dos mulas. Por último, Paul y Lorent debían vender las otras dos acémilas que restaban, ambas en un lamentable estado de salud, y tratar de encontrar dos carretas y dos parejas de bueyes para el tiro. El motivo de no utilizar los propios animales de Arnaut, era evitar fueran reconocidas sus marcas de propietario por cualquier vecino y les pudiese relacionar con el boyero secuestrado. También tenían que hacerse, si es que daban con ella, con una tienda cónica suficientemente grande para sus acampadas, aunque el objeto principal de esa adquisición era emplear el largo mástil del que estaría dotada para disimular las siete lanzas fornidas de los caballeros, al envolver éstas junto a aquel empleando la misma gran lona.

Las gestiones eran complejas, pero tenían a su favor que la presencia de las huestes catalano-aragonesas en retirada colapsando la ciudad, favorecían la circulación de todo tipo de deshechos y materiales excedentes que ya no les hacían falta y, más bien, representaban un estorbo para el repliegue hacia sus países de procedencia. Además, en medio de la confusión reinante, los ciudadanos apenas prestaban atención a los movimientos y adquisiciones de aquel clérigo y sus criados.

Lo que sí escaseaban eran los alimentos dado que todo el mundo quería acapararlos en previsión de algún prolongado sitio. Solamente tras haber insistido mucho y pagado importes disparatados, lograron Jacques y Geubert ir haciéndose con unos cuantos.

Por su parte, Paul y el palafrenero vendieron las mulas con relativa facilidad gracias a dejarlas a muy buen precio, y después marcharon a buscar por toda la ciudad alguien dispuesto a venderles las dos carretas y los bueyes necesarios para tirar de ellos. Esta operación no fue tan sencilla, pues eran varios los requisitos que necesitaban reunir los vehículos que buscaban: que estuvieran en buen estado, fuesen ligeros, sólidos y lo suficientemente espaciosos, dispusiesen de cubierta de lona o cañas y sus correspondientes arquillos,...

Hasta la media tarde no consiguieron hacerse con dos pesadas, viejas y desvencijadas galeras de dos ejes, y ello fue a un coste exorbitante, muy superior al que valdrían en condiciones normales. Sus estados de conservación no eran precisamente los mejores y, para

colmo, su último servicio había consistido en el transporte de algunos cadáveres desde Muret hasta Foix, no habiendo dado tiempo por lo visto a su limpieza. La sangre y algunos pequeños despojos que embadurnaban las cajas, les daban un aspecto pavoroso, macabro y lúgubre.

Tampoco era una maravilla la estampa de los cuatro bueyes que venían en el mismo paquete. Resultaba evidente que habían sufrido un fuerte maltrato, sobre todo en los últimos días, tras la batalla, les debían haber exigido un esfuerzo superior al que podían dar.

Alcanzada aquella “ganga”, a continuación obtuvieron la tienda cónica compuesta por el gran mástil, la lona, los vientos y las piquetas. Por supuesto en penosas condiciones de conservación y faltando gran parte de sus elementos, pero como lo principal estaba, se dejaron de más gaitas y pagaron lo que los vencidos pedían por ella.

Entretanto, Marie y el padre Johannes rebuscaban por todas partes, primero en las escasas tiendas y luego casa por casa, intentando hacerse con todos los tejidos y cacharros que pudieran al mejor precio. Encontraron trapos, harapos, objetos de cerámica o arcilla desportillados, marmitas de cobre abolladas, bártulos de cocina rotos... La mayor parte de las cosas eran inservibles pero Marie pensaba que lavando y doblando bien las prendas así como adecentando los enseres, podían dar el pego, al menos mientras no hubiese que exponer el material para la venta.

Empezaba a declinar el día, muy atrás quedaba ya la hora nona, y aún no habían concluido los cruzados todas sus compras. Los que tropezaban con más dificultades eran el escudero Jacques y el cocinero, por ello, en un momento dado, éste convenció al primero de que sería ventajoso el separarse para agilizar la búsqueda casa por casa de posibles vendedores de cualquier alimento, labor que llevaban largo rato efectuando con resultados poco satisfactorios. El joven cometió la imprudencia de hacerle caso. Como todos sus compañeros, había creído inocentemente en la aparente enmienda del cocinero a la vista de su buen hacer durante aquella mañana, sin darse cuenta de que todo obedecía a una estratagema muy bien calculada.

Una vez que se quedó solo, condujo éste la mula que se había reservado, ya medio cargada con los alimentos adquiridos, hasta el lugar donde sabía estaba atada la yegua del capellán. La montó y poco después salía de Foix llevando consigo no sólo la cabalgadura del padre Johannes, sino también la mula con la mitad de las vituallas y aún las pocas monedas que habían sobrado de sus compras.

En la puerta que daba al puente sobre el Ariege, se detuvo un momento para pagar los correspondientes impuestos y hasta se permitió el lujo de dar una generosa propina a los funcionarios que la guardaban. Atravesó el puente al paso y, una vez en el camino, lanzó a sus dos animales al galope poniendo a todo correr tierra de por medio.

Jacques tardó bastante en descubrir el entuerto. Cuando por fin se dio por vencido con sus compras y trató de encontrar a Geubert, no hubo forma de dar con él. Empezó a sospechar algo raro pero, a fin de salir de dudas, buscó al resto de sus compañeros por la ciudad.

Paul y el palafrenero, que ya habían terminado, no le pudieron dar razón de su paradero. Luego encontró a Marie y al clérigo, que andaban preocupados por la desaparición de la yegua de éste y afanados en localizarla. Sospechaban el hurto, pero no podían imaginar el culpable.

El escudero no quiso aún decirles nada y, presumiendo lo peor, se acercó a las distintas puertas de la villa. En la que daba al Ariege, le dieron por fin noticia del traidor, había pasado por allí hacía unas ¡dos horas!

Finalmente acudió de nuevo al encuentro de sus compañeros para ponerles al corriente de aquella triste defección. En un principio no alcanzaban a creer que aquella canallada fuese cierta, pero no tardaron en comprender que efectivamente lo era. A pesar de su enorme indignación, desecharon la idea de salir a su captura, no disponían de monturas rápidas y tampoco querían dejar desamparadas todas sus compras. Llegaron a la conclusión de que lo más inteligente que podían hacer era volver a la granja para dar cuenta de la noticia al capitán y poner a buen recaudo las mercancías que tanto les había costado encontrar y adquirir.

Tuvieron que tomar las mismas precauciones que a la ida, dar el largo rodeo por el valle, y esto, más el andar pausado de los bueyes, retardó bastante su marcha, de manera que el grueso

de los cruzados con los carros y las mercancías, no llegarían hasta la noche, pero Marie y Jacques se habían adelantado ligeramente cabalgando sobre dos de las mulas con que aún contaban.

Cuando los compañeros que les aguardaban, desesperados por su tardanza, les vieron llegar, se dieron cuenta de que algo grave había sucedido. Nada más descabalar, informaron del lamentable caso a Ferdinand y al resto de los presentes. La noticia abatió anímicamente a todos cuantos la escucharon. A la gravedad de la deserción del cocinero, había que sumar la pérdida de la yegua y de una de las acémilas cargada de alimentos, además de una pequeña cantidad económica.

El Mariscal caminó cabizbajo hasta la vivienda y, una vez allí, la cólera contenida le hizo explotar. Nunca alguno de ellos le había visto en aquel estado de agitación. Con el rostro arrebatado y los puños crispados, daba fuertes puñetazos en la pared. Después fue de aquí para allá haciendo volar las banquetas y otros objetos que encontraba a su paso con los tremendos puntapiés que soltaba a diestro y siniestro. Adrien y Bernard no paraban de pedirle calma, mientras que Jacques, sintiéndose culpable y amenazado por el probable castigo del capitán, se disculpaba y solicitaba su perdón.

Pero Ferdinand no culpaba a nadie, se consideraba a sí mismo el único causante de aquel revés. Por un lado al haberse dejado embaucar de aquel modo por las apariencias, depositando en Geubert una confianza que a todas luces no merecía. Por otro, se consideraba el responsable de su traición, provocada seguramente por la humillación que le hizo sufrir la noche anterior.

Es más, su propia pérdida de control en este momento, de la que estaban siendo testigos sus compañeros, le hacía sentirse todavía peor y más avergonzado, de manera que su furia se retroalimentaba sacudiéndole nuevas oleadas de ira.

Mas a la postre, se fue paulatinamente calmando. Adrien, que poco antes había invitado a salir fuera de la estancia a los presentes, incluido Bernard, dejando a un lado la enemistad de días pasados, se quedó a solas con el guerrero tratando de apaciguarle y consolar.

Superado su enojo, el jefe de los cruzados se sentía bastante mal a causa del espectáculo ofrecido. Le preocupaba especialmente lo que los jóvenes Flambó y sus otros discípulos pudieran pensar de él, pues nunca había perdido los papeles delante de ellos de semejante manera.

El templario quitó importancia al cuadro, se trataba de un pecado capital de lo más corriente, al que ya debía tener acostumbrados a sus hombres, según lo que había observado hasta ahora, algo que podría superar a poco que rogara a Dios suplicando su ayuda. Y en cuanto a la artimaña del pérfido cocinero, intentó hacerle comprender que su fallo, muy humano, era además de todos, y no tenía en ello mayor responsabilidad que él mismo, o cualquiera de los otros componentes del grupo.

Ferdinand acabó recuperando la cordura y sosegándose, y agradeció muy sinceramente sus palabras al templario, aunque no compartiera para nada sus opiniones. Viéndole ya sereno, Adrien hizo que los caballeros volviesen a entrar para discutir el modo en que debían proceder en relación con aquel feo asunto.

Estuvieron todos de acuerdo en que no procedía la persecución del felón, aparte de sacarles ya una ventaja de más de cuatro horas, faltaba muy poco para que la noche cayese del todo. Con el proyecto de envergadura que tenían en ciernes y el retraso que acumulaban con respecto a los herejes, parecía evidente que el desviar esfuerzos en algo que no merecía la pena, estaba contraindicado.

De forma unánime se daba por muerto al cocinero, pues dada la peligrosidad de los caminos, un hombre que cabalgaba solo, sin apenas armas y llevando consigo la riqueza que suponía dos cabalgaduras más una carga de vituallas, tenía muy pocas probabilidades de no ser asaltado. Además, Geubert no tenía donde ir, ni siquiera podía regresar a Etelnon en busca de su familia, pues allí reconocerían su delito en cuanto le viesan aparecer. Su soberbia le había llevado a cometer una costosísima equivocación.

Una vez tomada la determinación de no salir en búsqueda del traidor, el capitán convocó una reunión especial para después de la cena, cena que aquella noche habría de preparar el paje con ayuda de la granjera.

Poco antes de sentarse a la mesa, llegaban a la hacienda el padre Johannes y el resto de compañeros con la otra mula, los dos carros y sus tiros de bueyes.

Atónitos se quedaron los presentes ante el aspecto desvencijado de los vehículos y el nauseabundo olor que se desprendía de ellos. Y otro tanto les mereció la estampa de los bueyes y lo que, a la escasa luz de las antorchas, se adivinaba de las mercancías conseguidas.

Los más veteranos se indignaron al conocer que el grupo destacado a Foix había gastado prácticamente todo lo que Ferdinand les asignara para llevar a cabo las compras. Dos viejos, deteriorados y sucios carromatos, una tienda digna de licenciarse, cuatro cabestros desahuciados y un variopinto cúmulo de cacharros inútiles y harapos, más algunas pocas provisiones de escasa calidad, eso era todo lo aportado.

Más daba la impresión de que medio pueblo se había deshecho de aquello que les estorbaba en casa, y que los mesnaderos del difunto Rey habían sacado provecho de cosas que de otra forma hubieran abandonado en la cuneta de cualquier camino.

Ferdinand prefirió no volver a enfurecerse y retornó al interior de la casa para sentarse a cenar, pero las críticas del templario y de Bernard, y las mofas de Richart y algún otro, hicieron mella en los encargados de las compras, ya bastante dolidos con el tema del cocinero, escapado delante de sus narices. Paul, Marie y el capellán, trataron de hacerles comprender lo difícil que había sido encontrar todo aquello en una ciudad pequeña y mal abastecida a causa de la guerra.

A la asamblea, realizada a la luz de candiles y velas, acudieron absolutamente todos los cruzados, incluso los guerreros que debían estar de guardia fueron excusados momentáneamente de ella, pues el Mariscal pretendía la asistencia del grupo en pleno, también de los criados. El ambiente era tenso, nadie hablaba y cada cual era presa de sus propias emociones negativas. Unos parecían avergonzados, y los otros preocupados por la marcha del cocinero y el incierto futuro que les aguardaba, el pesimismo y el mal humor eran generales.

Empezó Ferdinand anunciando su decisión de hacer extensiva a todos y cada uno, la responsabilidad de aprobar el proyecto de marchar a Zaragoza tras los herejes y sus tesoros. Trataba con ello de conocer la opinión de los demás y evitar nuevas defecciones en el futuro.

Quería organizar una consulta democrática, algo absolutamente inusual y hasta desatinado, incluso para proponerlo en el seno de una mesnada tan especial como la del Conde Flambó, ¡aún en el caso de que todos los individuos hubieran sido de un rango similar!... De todas formas, el capitán comunicó que no consideraba el resultado vinculante.

Primeramente interrogó a los caballeros sobre si tenían que hacer alguna objeción a esta encuesta y, salvo Bernard, que puso pegos a que su voto pudiera pesar lo mismo que el de un siervo, y al que el Mariscal, como era su costumbre, ignoró olímpicamente, todos accedieron a que siguiera adelante y tuviera en cuenta el parecer de los otros compañeros.

La consulta, a mano alzada, dio como resultado que Paul, Pierrot, el padre Johannes, el escudero Jacques, haciendo causa común con su amado, el palafrenero Lorent y el paje Ibeloki, eran partidarios de volver a Muret en busca de su mesnada, renunciando a la disparatada aventura. A favor de proseguir la persecución hasta el corazón mismo del reino enemigo, se declararon Adrien, Bernard, Marie, Charles, el escudero Rimont y el sargento Richart.

Se producía un empate a falta del voto del capitán, que de momento se había abstenido para que su opinión no pesara en la decisión de los demás, pero como todos conocían ya su voluntad, los inclinados a la persecución se felicitaban pensando que la aventura estaba apadrinada incluso democráticamente, aunque aquel fallo para nada hiciese falta.

Ferdinand guardaba silencio meditabundo, en lugar de sentenciar el resultado tal como aguardaban los presentes. Ante su silencio, “Bicho” se decidió a hablar:

- ¡Bueno!, en esto parece que consistía la Democracia de los antiguos griegos, ¿no? El deseo de la mayoría de los integrantes de un equipo, debe pesar sobre el de la minoría, que está obligada siempre a acatar la voluntad de aquella.

- ¡No me acaba de convencer este sistema! A veces la minoría puede estar más acertada en sus razonamientos- arguyó Pierrot.

- ¡Tienes razón!- le contestó el capitán, ante la sorpresa de todos- Por ello, los que opináis como tú, sois libres de marcharos. Mañana mismo recogeréis vuestras cosas para dirigiros a Muret- calló durante unos segundos- Nadie de nosotros os lo va a reprochar. ¡Lo que no

soportaría es otra traición! Prefiero que obréis honradamente, ahora es el momento de que el que no esté seguro se vaya.

- Creo que os equivocáis, Ferdinand- espetó el hidalgo occitano que miró acto seguido al templario por ver si se sumaba a su opinión.

- No sé qué pensar- dijo Adrien sintiéndose aludido.

- ¡No Bernard, no me equivoco! Los que vengan conmigo lo harán en esta ocasión por su propia voluntad.

Y diciendo esto, el Mariscal se levantó y dio por concluida la reunión. Nadie quiso añadir nada más, la asamblea se disolvió y la gente, inquieta y turbada, se retiró a descansar o marchó a cumplir con su servicio de vigilancia.

Aquella noche la mayoría durmió poco y mal. Tanto los que habían elegido seguir adelante con Ferdinand, como los que optaban por regresar en busca de los suyos, acuciados todos por las preocupaciones, no conseguirían conciliar el sueño. La importante decisión que, en un sentido u otro, estaban tomando, podía tener una trascendencia enorme en sus vidas. Buscar la gloria si la fatalidad no se lo impedía o volver junto a los suyos fracasados y con las manos vacías. Separarse unos de otros rompiendo los fuertes lazos que cohesionaban aquel grupo, sobre todo los consanguíneos de los jóvenes Flambó. La decepción que suponía para Ferdinand que tres de sus pupilos le dieran la espalda...

Y uno de los que peor lo pasó, asaltado por toda suerte de incertidumbres, fue Pierrot. Pensaba que algunos de sus familiares y compañeros parecían auténticos dementes ¿Cómo podían ser tan inconscientes, andar tan escasos de buen juicio, como para no darse cuenta de que la operación planificada por su tutor el Mariscal era disparatada e inviable? ¿Tanto podía cegarles el afán de triunfo o la codicia? ¿Tanto les había dolido su no participación en la victoria de Muret?

Aquello turbaba atrocemente al joven caballero, porque él quería de forma vehemente a su ofuscada prima, estimaba de manera considerable a su tío el templario, apreciaba con fervor y admiraba en grado sumo a su maestro Ferdinand, mantenía intensos lazos de amistad con Charles y el escudero Rimont, y no podía soportar el dolor de abandonar a esos amados necios a su suerte, al que suponía su estéril y triste destino.

6.4

Cuando se levantaron al día siguiente, era muy nítida la diferencia de humor entre los componentes del grupo que retornaba en busca de su Conde y los del que se embarcaba en la descomunal aventura que le debía llevar hasta Hispania. Paradójicamente, la euforia de estos últimos contrastaba con la pesadumbre de algunos de los que debieran estar más contentos por contar con el permiso del Mariscal para abandonar la misión.

No obstante, el capitán de los cruzados no parecía especialmente animado, y ello no sólo por el dolor que le producía la escisión de su minúscula hueste. Además de otras cuestiones, le preocupaba sobremanera el estado de salud de uno de los que más entusiastamente se había sumado a su proyecto, el caballero Charles.

El anciano estaba normalmente achacoso, pero desde la tarde de la última tormenta, le encontraba francamente desmejorado. Sorprendido durante su guardia con Pierrot por el aguacero, había llegado calado a la granja. A pesar de que una vez allí, se quitara con presteza su ropa y se calentase en el hogar, no tardó en presentar síntomas de un formidable catarro, con estornudos y congestión nasal que dieron paso a fuertes toses, mucho más intensas de las que en él eran habituales, al cabo de unos días.

Ferdinand, en su fuero interno, deseó que el guerrero se hubiese sumado a los disidentes, pues sabía que iba a ser inútil tratar de convencerle con buenas razones de que se retirase con ellos. Tendría que ordenárselo de forma tajante y eso le hundiría sin duda moralmente. Así que acabó considerando que lo mejor era adherirse al criterio del Conde, es decir, dar la oportunidad a Charles de obtener una muerte gloriosa en el transcurso de una cabalgada, y no la que le alcanzaría recluido en Etelnon, rodeado solamente de sus funestos recuerdos.

Albergaba la esperanza en que la salud del viejo mejorase por sí sola, o al menos no se

agravase tanto que se convirtiera en una rémora para el grupo.

Antes de ponerse manos a la obra, el capellán, a solicitud de los más devotos, ofició una breve misa. Había que tener en cuenta que el día anterior, domingo, los que permanecieron en la granja no la habían celebrado por ausencia de aquel. A ella asistió la familia de vaqueros en pleno, puesto que en las circunstancias actuales no era muy procedente permitirles acudir a Saint Voulois.

Poco después se iniciaban los trabajos de cara a organizar el largo viaje. El Mariscal pretendía partir lo antes posible, sin más demora al día siguiente, y para ello había mucho que organizar. Siguiendo sus indicaciones, los hombres y la mujer que le iban a acompañar, y también los granjeros, se pusieron al tajo, dando la impresión de no querer contar con el auxilio de los otros, los que abandonaban la misión, salvo que su ayuda se hiciese imprescindible.

Un equipo debía limpiar los carros y efectuar en ellos las pequeñas reparaciones necesarias, como engrasar con unto sus ejes. Otro, preparar a los caballos y mulos para la prolongada marcha, y, ¿cómo no?, a los cuatro bueyes, a los que era obligado curar algunas leves heridas que presentaban, pero cuyo aspecto a la luz del día, una vez descansados y nutridos, no parecía tan calamitoso. Un tercero se dedicaría a limpiar y ordenar las mercancías compradas en Foix. Cuando estuviesen terminados estos trabajos, se dispondrían los siete a preparar sus equipos, armas, equipajes y provisiones.

Para contar con el mayor número de brazos, el servicio de guardia en el mirador dejó de ser permanente desde esa mañana, la pareja que le correspondiese el turno se limitaba a permanecer de retén en la misma granja, y destacarse una o dos veces hasta el observatorio para echar un vistazo a la ciudad y a la vereda que desde ella subía.

Mientras sus compañeros y los anfitriones se afanaban en las diversas tareas encomendadas, aquellos que tenían pensado dirigirse hacia Muret permanecían plantados junto a la puerta de la casa, sin hacer nada útil ni tomar alguna iniciativa. Formaban un corrillo que parecía no tener las ideas muy claras. Los criados y el escudero aguardaban a que Paul ó Pierrot empezasen a organizar los trabajos para su salida, pero estos dos no abandonaban la especie de marasmo en la que estaban sumergidos. Resultaba obvio que envidiaban el entusiasmo de sus compañeros al tiempo que les remordía la conciencia por su defección.

En un momento dado, Pierrot acabó por tomar su decisión fruto de las reflexiones de toda una noche y del enardecimiento que por contagio le provocaba la visión de su prima y los demás amigos y camaradas trabajando hacendosamente.

- ¡Lo siento Paul, pero yo me voy con ellos!- comunicó de sopetón el joven a su primo.

Y dicho esto, se acercó a Ferdinand para darle la nueva. El capitán le apechugó contra él con un fuerte abrazo y luego gritó la noticia a los otros cruzados, estallando estos en gritos de júbilo, sobre todo Marie que pidió tres hurras para su pariente.

La determinación de “Aristo” había dejado helado y confundido al “Principito”. “¿Cómo puedo volver solo y con las manos vacías ante padre? ¿Puedo matarle del disgusto! Tal vez se enfurezca tanto que llegue a desheredarme y repudiarme como primogénito y hasta como hijo. ¿Puede ser ésta la gota que falta para que se derrame el vaso de su paciencia? Siempre contaré con el apoyo de mi madre, creo, pero ¿y el de padre? también necesito contar con su amor. Tal vez no me rechace nunca, ¡él es tan especial!... y precisamente por ello merece otro hijo, uno capaz de superar sus flaquezas... Además debo pensar en Jacques... ¿y si vuelca su ira sobre él?”.

Comprendió que no le cabía otro remedio que el de retractarse. Por otro lado, los ojos suplicantes de su escudero le estaban pidiendo también ese cambio de postura. El joven, partidario de seguir con la aventura, sólo había votado en contra de ella por no separarse de su amado, pero ahora mantenía la esperanza de que el primogénito del Conde cambiase de opinión.

Efectivamente, Paul siguió los pasos de su primo y fue a presentarse al Mariscal, y no tardó en secundarle su escudero. Se desató de nuevo la euforia entre los cruzados, los Flambó se abrazaban afectuosamente entre ellos, felicitándose por seguir unidos.

La situación de los otros tres hombres, aún en disposición de marcharse, resultaba desoladora. En concreto la de los dos siervos, pues ¿qué podían hacer? Era impensable que

continuaran adelante con sus deseos. Sólo tal vez la orden directa del capitán obligándoles a marchar con el capellán, podía darles las alas necesarias para poder ejercer su voluntad, y ni aquel ni nadie, parecía ir a dar esa orden.

Ibeloki, muy perspicaz, captó al vuelo el detalle y procedió a sumarse al grupo, cada vez más engrosado, de los que continuaban la persecución, produciéndose entre estos al recibirle nuevos gestos de alborozo.

Lorent y el padre Johannes se miraban turbados. “¿Vamos a tener que tragar con éste descabellado proyecto sin tener en él arte ni parte?” Aún disponía de cierta posibilidad el palafrenero, si el presbítero se mantenía firme, pero no fue así.

Éste, entre otras cosas, temía la posibilidad de que en el camino a Muret fuesen asaltados por forajidos o desertores que quisieran apoderarse de sus monturas y no reparasen incluso en asesinarles. Por otro lado, aquel viaje al reino de Aragón, excluidos los riesgos y las incomodidades que pudiese conllevar, no dejaba de ejercer cierta seducción para el Padre Johannes, ya que durante el tiempo que se encontrase destacado en esta misión sus habituales obligaciones quedaban reducidas a la mínima expresión, horizonte muy distinto al que vivía estando en campaña junto al Conde, y no digamos el que le esperaba en la corte de Etelnon. Allí tendría que ejercer como pastor principal, aunque contase con algunos auxiliares, de toda la corte, y ello suponía misas diarias, bautizos, comuniones, bodas, extremaunciones, responsos, funerales y un largo etcétera, sacramentos de todo tipo que requerían los dos centenares y pico de personas que habitaban el castillo de los Flambó. Por eso, en buena lógica, decidió quedarse con los demás, y con ello selló también la suerte de Lorent.

A partir de ese momento, el júbilo fue casi general, y el buen humor y el optimismo, salvo excepciones, les acompañarían el resto de la jornada.

Sin pérdida de tiempo, el Mariscal distribuyó entre las distintas cuadrillas a los últimos en incorporarse, y tanto los cruzados como los granjeros que les ayudaban, trabajaron con ganas durante todo el día, los unos por agilizar su marcha, los otros por librarse de los primeros lo antes posible y para siempre.

Hacia el monasterio de Boulbonne, partieron de inmediato Marie, Rimont y el capellán, al objeto de dejarle a su Abad nuevo mensaje para el Conde Flambó o quien quiera que éste enviase en ayuda de los suyos. Le comunicaban su decisión de partir hacia Zaragoza en persecución de los herejes, y también que dejarían noticia de su paradero en alguno de los monasterios existentes por el camino, posiblemente en uno de los más próximos a ella, conocidos por Ferdinand cuando, de regreso de su peregrinaje a Santiago, viajó hasta el santuario de la Virgen que se veneraba en aquella ciudad sita junto al río Ebro, como era bastante usual. También el templario estaba familiarizado con la región.

La propuesta que hicieron varios en la reunión del día anterior, sobre enviar a esos mismos mensajeros hasta Muret para que informaran directamente a los suyos, había sido desechada por Ferdinand con la connivencia de Adrien y Bernard, pues presentían que probablemente esos mismos enviados, u otros distintos, les harían regresar con orden de suspender la misión.

Como es evidente, se hubieron de realizar algunos pequeños ajustes en los turnos de vigilancia para cubrir a lo largo de todo aquel día las ausencias de los que habían partido en comisión, y eso a pesar de que aquella había perdido gran parte de su rigor y regularidad.

Todo el mundo, salvo un par de excepciones con las que se contaba, trabajó intensamente durante aquella jornada y los frutos se fueron haciendo visibles a lo largo de ella. A estas alturas, ya tenían bastante asumido los cruzados que la holgazanería del capellán y la indolencia del hidalgo occitano, para quien el trabajo físico representaba un descrédito, les convertía en colaboradores muy limitados de los que a duras penas se podía esperar otra cosa que el que preparasen sus propios equipajes y atendiesen a sus monturas.

Pero aún contando con estos, y algunos otros, lastres, las cosas se fueron poniendo a punto.

Se terminaron de limpiar los carros de barro, despojos y sangre, aunque las manchas de ésta última resistieron tenazmente. Consiguieron reparar precariamente sus toldos y arquillos, y se revisaron los aparejos, ejes, ruedas y frenos.

El equipo que se encargaba de alistar a los animales y sus arreos, se empleó a fondo

revisando herraduras, limando y haciendo pequeñas curas en sus cascos, repasando cinchas y bridas.

Un nuevo grupo constituido para encargarse de las armas y armaduras, una vez que concluían de empaquetar adecuadamente unas y otras, las disponían bien ordenadas en el fondo de la caja de ambas galeras. Allí se acumularon tres de las ballestas, los ostentosos arcos de los hermanos Flambó, mazas, hachas, alguna plomada, dagas, escudos, lorigas, clíbanos, yelmos, almófares, cofias, gambax, calzas y manoplas de malla,... Otro tanto se hizo con los diez arneses de batalla que aún tenían, así como las sillas de montar de los guerreros.

Las lanzas fornidas, que medían más de cuatro varas y que por tanto hubiesen sobresalido por detrás de los carros, se disimularon envolviéndolas con la lona de la tienda junto con el mástil de la misma. También se procedió de la misma manera con las espadas, salvo que éstas, liadas en dos fardos, no se pusieron en el fondo sino un poco más a mano.

Las mercancías compradas en Foix eran trabajadas por otra cuadrilla. No había tiempo material para lavar las prendas, pero se sacudían, aireaban y doblaban cuidadosamente para que diesen el pego de ser un producto, aunque de segunda mano, destinado a la venta. Los cacharros, ya fuesen de barro, de madera o de metal, también se limpiaban y envolvían convenientemente. Todos estos bultos eran luego cargados en los carros por encima de los ya dispuestos, rellenando huecos y tapando totalmente las armas y equipos de guerra, a excepción de los dos paquetes de espadas y el gran rollo de la tienda con las lanzas.

Las provisiones con las que marchaban, no muy abundantes, estaban constituidas por unas cuantas hogazas de mediocre pan negro, carne y tocino salados, arenques ahumados, queso, harina, guisantes, habas, nabos, coles, cebollas, ajos, manzanas, vino, vinagre, aceite de nueces, manteca, sebo, sal, mostaza, pimienta y miel, más un poco de grano y algarrobas para los animales. Y todo ello representaba la suma de lo que les quedaba de los víveres que traían de Almir, las adquisiciones de Foix y lo que se llevaban de la granja, vendido a muy alto precio por los dueños. Todos estos suministros, junto al material de acampada, los arreos y sillas corrientes y los equipajes particulares, se colocarían en los carros por encima de los cargamentos ya estibados.

Por la tarde, mientras iban terminando poco a poco con las diversas faenas, empezaron a preparar sus propios atavíos, con los que debían conseguir la apariencia convenida de unos mercaderes. Para ello adecuaron sus diversas prendas cortesanas de manera que no fuesen tan llamativas, más propias de ricohombres que de carreteros. Aquellos que las llevaban, quitaron las plumas de pavo real o las fundas de seda a sus sombreros. Los caballeros destiñeron con lejía o mancharon a conciencia sus llamativas calzas de color púrpura, de los briales fueron descosidos cualquier tipo de adorno como las orlas de seda o las suntuosas fíbulas, de los borcegués más lujosos se eliminaron las relucientes hebillas de plata...

También se procedió a deslucir las hermosas espuelas del mismo material, distintas de las de guerra escondidas en los carros, que debían utilizar aquellos que marchasen montados, en principio los tres que representarían el papel de dueños del negocio, el Mariscal, el templario y el hidalgo occitano, más el padre Johannes que seguiría fiel a su identidad de clérigo, aunque se tenía previsto el hacer rotaciones en las plazas montadas.

Las cabalgaduras a utilizar serían las dos yeguas que quedaban y dos de los rocines, ensillados con las albardas de los criados y la silla del capellán. Cuatro de los cruzados viajarían subidos en los dos pescantes, conduciendo los carros, y el resto lo haría andando, pues en los interiores de estos, repletos de bultos, resultaba difícil acomodarse.

En cuanto a las armas que portarían encima, aparte de cuchillos, machetes o dagas al cinto, unas cuantas hachas a los costados de los vehículos y una ballesta, escondida bajo un lienzo, en cada uno de los pescantes, por si hiciera falta su uso en una hipotética situación de peligro.

Al empezar a oscurecer, poco antes de realizar la que sería su última cena en al granja, ocurrió un luctuoso suceso que cayó como un jarro de agua fría sobre el ánimo de los cruzados, destronando al optimismo reinante durante la jornada. El perdiguero de Marie, "Polisson", al que su ama echaba de menos desde el día anterior, fue encontrado muerto por el crío pequeño cerca de la linde del bosque, tenía el cráneo salvajemente destrozado. Fue un duro golpe para la

muchacha, que acababa de regresar de Boulbonne. Ya había visto morir en esta cabalgada a su caballo favorito y ahora le arrebataban el perrillo del que estaba tan encariñada...

Geubert fue descartado como autor material de aquella crueldad ya que el animal estaba bien cuando el día anterior bajaron al pueblo para realizar las compras, de hecho fue necesario sujetarle para que no siguiese a su dueña. Así que Marie descargó su ira contra el sargento mercenario, al que acusó de ser el culpable, dado que le había visto en alguna ocasión maltratar a su mascota. Eso aparte de no tragarle en absoluto, por buenas migas que pareciese estar haciendo con el capitán.

Ambos, en medio de insultos y amenazas, estuvieron a punto de llegar a las manos si no lo remedian sus compañeros, que anduvieron pronto a separarles.

En su fuero interno, Ferdinand sospechaba, al igual que otros, que probablemente hubiese sido el hijo mayor de Arnaut, el muchacho cojo. Éste no soportaba la presencia de los cruzados en su hogar, era, sin duda, de toda la familia, el que más aversión les tenía, y no les perdonaba la muerte de sus perros, ni tampoco los maltratos y humillaciones que causaron a su padre, a una de sus hermanas y a él mismo, el funesto día de su llegada. Esa podía haber sido su pequeña venganza, pero como nada se podía probar, el Mariscal se cuidó mucho de transmitir esas sospechas a su pupila, antes bien, la convenció de que tratase de olvidar el asunto.

Tras la cena, Marie, en compañía de su hermano, su primo, su amigo Rimont, Jacques y el paje, fueron a enterrar al perro a la luz de las antorchas. Estaban presentes los dos pequeños de la familia, quizás los únicos que habían simpatizado sinceramente con algunos de los componentes del grupo.

A su regreso a la cabaña y alumbrados por un único candil, tuvieron los cruzados una nueva reunión para escuchar las noticias traídas por los que habían marchado a Boulbonne. Marie no estaba de humor para comentar nada y fueron el escudero Rimont y el padre Johannes los que tomaron la palabra para responder a las preguntas de sus compañeros. En realidad Ferdinand y Adrien ya habían sido informados de todos los detalles.

Dijeron que el Abad quedaba al corriente del destino de la patrulla, de la ruta que iban a seguir y del monasterio en las proximidades de Zaragoza donde dejarían recado de su escondido paradero. También de la nueva palabra clave cuya utilización permitiría a los enviados del Conde Flambó obtener toda esa información secreta de boca del prelado que rigiese aquella institución religiosa.

A la pregunta de si conocían los monjes alguna novedad sobre los suyos, respondió "Manosrápidas" que nada sabían de forma directa, pero que en el monasterio todo el mundo daba por milagrosa la victoria de Simón de Monfort. Por lo visto el caudillo católico, al frente de toda su hueste, había pasado por allí de camino hacia Muret el mismo día diez, deteniéndose en la Abadía para encomendarse, él y los suyos, a Dios, ofreciendo su espada sobre el altar y rogando por Su protección en la batalla.

Era casi seguro que el Conde de Etelnon y su mesnada pararon también en ese monasterio cisterciense situado a media jornada de Foix, pero nadie se había dirigido al Abad en busca de la información confidencial que guardaba, de lo que se deducía que el Conde no sabía aún nada, en aquella fecha, sobre las andanzas de su patrulla.

Los monjes suponían que en estos momentos el victorioso ejército católico, tras limpiar el campo de batalla de cadáveres y botín, debía estar ya a las puertas de la indefensa Toulouse.

Los cruzados inquirían entre ellos el porqué su Conde no había enviado a nadie en su búsqueda habiendo pasado ya cuatro días desde la batalla, tratando todos de soslayar algunas de las respuestas que concebían, aquellas que aventuraban los más negros presagios. Intuían que, por muy favorable que hubiese sido el encuentro para su causa, seguramente habrían sufrido bajas entre sus filas, ¿y si el Conde era una de ellas? Aunque nadie se atreviera a plantear públicamente esa idea, una nube de pesimismo flotaba en el ambiente.

Lo que sí expuso alguien, fue la posibilidad de que el grupo de Phelipot hubiese caído prisionero sin lograr ponerse en comunicación con su mesnada, hipótesis que llevaba tiempo preocupándoles.

Ferdinand intentó atajar la creciente zozobra de sus hombres, sobre todo la de los más jóvenes, explicándoles que una batalla campal no era ganarla y ya estaba hecho todo. La

victoria conllevaba para el vencedor multitud de obligaciones y tareas: recoger y curar a los heridos, despojar de sus bienes y enterrar a los muertos, tanto a los propios, con los máximos honores, como a los enemigos, estos con bastantes menos miramientos, hacerse cargo de los prisioneros, transmitir los efectos de los vencedores caídos según su testamento o distribuirlos entre sus más allegados, tasar y repartir el botín arrebatado al adversario,... Y aún había más, pues otro tanto o casi, requerían los caballos y acémilas participantes en la batalla, a los que habría que curar, sacrificar si no tenían remedio, descuartizar para su aprovechamiento o enterrar, según el caso, proceder a la adjudicar las capturas,... Todas aquellas operaciones podían suponer para el caso de una gran batalla varios días de trabajo sobre el terreno.

Aunque no estaba en ese momento Adrien, que hacía su guardia en el mirador, para rubricar lo dicho por el Mariscal, todos recordaban lo que él contaba de la victoria de Úbeda del verano pasado, sobre las varias jornadas que tardaron en despejar el campo de batalla tras el glorioso combate.

También les contó el capitán, que quizás la hueste hubiera tenido que llevar a cabo una maniobra precipitada sobre la capital, Toulouse, para coger desprevenida a su menguada guarnición. Esa contingencia podía explicar igualmente la falta de noticias del Conde Flambó, al creer éste que, estando a salvo en los alrededores de Foix el destacamento enviado, no era necesario ponerse en contacto urgente con su prole.

Ferdinand prefirió terminar con la reunión tras aportar aquellas tranquilizadoras justificaciones traídas un tanto por los pelos, y dejó sin respuesta a una nueva petición de Pierrot y de Paul para que partiese alguno de ellos en busca de su mesnada y diese directamente al Conde noticia de sus proyectos.

Estaba claro que ninguno de los mayores o los más entusiastas de los jóvenes, deseaban correr el riesgo de que una orden directa del patriarca les apartase de su descabellada aventura, así que el capitán zanjó la cuestión cambiando de tema y ordenando a Marie y Rimont, la siguiente pareja en entrar de guardia, se apresurasen a relevar a los centinelas del observatorio, disposición un tanto superflua dado que las últimas permutas se venían haciendo con absoluta flexibilidad. Eso sí, anunció que aquel sería el último turno de vigilancia antes de partir.

Efectivamente, la guardia del mirador se suspendió aquella noche de madrugada. Una de las últimas novedades que se conocieron gracias a estos centinelas, fue la llegada, a última hora de la tarde, del Conde Raymond Roger a Foix. Había sobrevivido a la batalla a pesar del valor que, según oyeron contar más adelante, derrochara en el combate. La presencia de éste audaz guerrero en su ciudad, estimuló enormemente el deseo de los cruzados por largarse cuanto antes, pues era de temer que, informado de la presencia en el valle de un destacamento de “perros” de Simón de Montfort, intentase desalojarlos de allí utilizando los caballeros que había traído consigo, no demasiados, pero suficientes para ejecutar esa acción.

Muy temprano, incluso antes del canto del gallo, la granja hervía de actividad con los últimos preparativos de la partida. Desayunaron simplemente unos tragos de vino, leche o agua y después se celebró una fugaz misa. Y todavía a la escasa luz del alba, procedieron a despedirse de los granjeros.

Fue un adiós efusivo, al menos en apariencia. Los cruzados estaban realmente agradecidos por la grata estancia carente de cualquier problema serio. La familia, exceptuando los niños más pequeños, deseaba con anhelo perderlos de vista, pero debían demostrar que no les guardaban rencor para evitar que se sintiesen ofendidos y, a última hora, lo tomasen como un agravio que justificase alguna nueva violencia. A pesar de las semanas de convivencia forzosa, en la que aquellos francos habían demostrado un tacto y una delicadeza en el trato insólitos, procediendo de unos guerreros y encima enemigos, les seguían provocando un inmenso pavor.

El hijo mayor se retiró hacia el corral para eludir cualquier tipo de despedida, pero Marie fue tras él para tener unas palabras. Ella también había caído en la cuenta de que el muchacho podía ser el matador de “Polisson”, pero no quería proporcionarle ningún tipo de castigo, más teniendo en cuenta de que no tenía pruebas de su autoría. Al contrario, la mujer guerrero intentó reconciliarse con el mancebo y le perdonó de cualquier cosa que él supiese había obrado mal. Pero “Bicho” no tuvo ningún éxito, él no reconoció ninguna culpa y fue imposible borrar de sus ojos el brillo del odio, o de su ceño la crispación.

Entretanto, ya habían terminado las despedidas, la gente que le correspondía subía a los carros o a los cuatro caballos ensillados, y Arnaut, desesperado, seguía aguardando que el Mariscal le hiciese pago de la deuda según lo prometido.

Ferdinand, a la vista de la factura verbal comunicada por el granjero el día anterior, había echado cuentas de lo que quedaría en la bolsa de la patrulla tras el abono. Como siempre, le ayudaron en los cálculos el capellán y el paje, hábil matemático éste último. Y comprendió que de hacerlo efectivo, iban a andar un poco escasos de fondos para hacer frente a los previsibles gastos del viaje. Ello a pesar de haber renunciado, como medida de ahorro, a llevarse entre las provisiones a algún animal vivo o sacrificado de la granja.

Si saldaba la cuenta con Arnaut, la cantidad proporcionada por el Conde a la salida de Almir, de la que también había que deducir, entre otros, los elevados gastos ocasionados por las compras en Foix, quedaría reducida a menos de dos tercios. Aún era bastante dinero, pero se le antojaba un tanto exiguo para alcanzar Zaragoza y además volver por sus propios medios en caso de fracaso.

El Mariscal decidió recurrir a una argucia para quitarse aquel compromiso de encima. Hizo que Ibeloki redactase sobre un pedazo de pergamino- el paje traía en sus alforjas recado de escribir- una especie de pagaré en nombre del Conde Gerrart “le Flambó”, que signó Paul como primogénito del mismo.

Cuando Ferdinand entregó aquel “documento” al granjero, éste quedó perplejo “¿que narices significa esto?” Miró con extrañeza al adalid de los cruzados que procedió de inmediato a explicarle lo que era: Presentando aquel pergamino al Conde Flambó, le reembolsarían al momento la deuda. Arnaut se sintió burlado y estafado.

- Pe... pero, pero ¿dónde tengo que ir a cobrar... esto?- dijo balbuceando, presa de sentimientos de decepción e ira, mientras sacudía el documento sosteniéndolo con los dedos pulgar e índice de su mano derecha.

- Al castillo de Etelnon, junto a... - empezó a informarle inocentemente Paul.

- ¡No!, no es necesario ir tan lejos, ¡de ninguna manera!- se apresuró a atajarle Ferdinand- nuestro Conde está ahora mismo en Muret, donde ha sido la batalla. Ya conoces esa fortaleza, ¿no?, unas leguas al Sur de Toulouse, a un par de días de camino... ¡Eso yendo despacio!- terminó la frase esbozando una sonrisa al confuso vaquero.

El rústico interpretó el tenue gesto de hilaridad como producto de la chanza que intentaban hacer con su persona. Aunque el lugar lo conocía, estaba sobre el camino de Toulouse, poco antes de llegar a la ciudad, la distancia para él era mucha. Y a la habitual inseguridad de los caminos, había que sumar la inestabilidad causada por la guerra. Por otra parte, el supuesto Conde Flambó, puede que estuviese hoy en Muret, pero ¿dónde estaría mañana? ¡Sabía Dios! Y para remate, ignoraba completamente lo que habrían escrito ahí aquellos mal nacidos, tendría que empezar por buscar a alguien de confianza que se lo pudiera leer, no fuera que la cifra consignada indicara el número de azotes a recibir al personarse a reclamar su dinero.

Entonces Arnaut fue presa de un arrebato de ira. Apretó los dientes al tiempo que intentaba, tirando con ambas manos del pergamino, rasgarlo en dos. Consiguió arrancar un pequeño trozo con su mano izquierda, que no dio la impresión de que afectase a la parte manuscrita del ya de por sí irregular pedazo. Luego estrujó el trozo grande en uno de sus apretados puños al tiempo que miraba desafiante al Mariscal.

- ¡Sois un embustero!- dejó escapar de sus labios, y de inmediato se contuvo temiendo la respuesta.

Ferdinand, un tanto sorprendido por la reacción, le lanzó una mirada feroz, pero en verdad el único sentimiento que le produjo aquel desafío fue compasión.

Los cruzados aguardaban expectantes la respuesta de su líder. En especial Richart, que a duras penas se lograba reprimir. Habría bastado un pestañeo del admirado guerrero, al que ya empezaba a considerar su único y definitivo capitán, para que hubiese saltado sobre el campesino y le hubiese hecho comerse ambos trozos del pergamino, para a continuación darle la paliza de su vida.

Pero Ferdinand, a pesar de su acendrada arrogancia y fácil cólera, sabía de vez en cuando contener su soberbia y, además, quería mantener a toda costa el valor de la palabra dada. Se limitó a sonreír de nuevo al granjero perdonándole aquel desaire.

- ¡Esto es lo que hay! ¡Lo tomas o lo dejas! ¡Y no pongas nunca más en duda la palabra de un caballero si no quieres tener graves problemas! ¡Conmigo has tenido suerte!- dijo el Mariscal en un tono punitivo.

Los caballeros allí presentes, salvo Bernard y tal vez Adrien, comprendían que el Mariscal no tenía más remedio que hablar de aquella manera de cara a la galería, pues sabían que su maestro era el primero en ser consciente de que la palabra de muchísimos caballeros no valía una mierda. Para empezar él mismo no daba demasiado valor a la suya, y la prueba de ello el negarse a pagar en metálico la deuda contraída. Pero ante la plebe, estaba obligado a cerrar filas con los de su clase.

Parecía que el tema iba a quedar zanjado, pero la esposa de Arnaut, que había seguido todo el incidente desde un poco más lejos y se olía el cambalache, que los guerreros del Norte se marchaban sin pagar, se arrancó hacia su jefe echándose encima y asiéndole la ropa, mientras lloraba y suplicaba que no les dejase en la ruina. El franco tuvo paciencia durante un momento, pero terminó por zafarse de forma violenta de la afligida mujer, girándose vigorosamente y haciendo que ésta cayese al suelo. Su marido corrió a consolarla y a él también se le escaparon gemidos y lagrimas de indignación e impotencia.

El capitán se alejó en busca de su caballo y el templario fue tras él para comentarle alguna cosa. Cambiaron unas pocas palabras en voz baja.

Mientras, los hijos de la familia, exceptuando al mayor que no aún no había hecho acto de presencia, se habían acercado a sus padres, y otro tanto actuó el abuelo, y ahora estaban todos hechos una piña, abrazándose unos a otros. La escena, que no dejaba de recordar a la del primer día, resultaba conmovedora para la mayoría de los cruzados.

Caso aparte Bernard y el sargento, preguntándose el segundo como podía el Mariscal del Conde Flambó, un tío con tales pelotas, ser al mismo tiempo tan blando. Según lo veía él, allí no cabía otra opción que hacer pagar cara la falta de gratitud de aquellos pecheros, cuanto menos quemarles la casa y matarles todos los animales que no les interesase llevar consigo, y ya serían suficientemente piadosos perdonándoles la vida.

Convencido por Adrien, Ferdinand pasó revista a las mulas y eligió una de ellas, quizás la de peor aspecto. La agarró por el ronzal tras separarla de la reata y la condujo hasta donde se lamentaban los granjeros. Se la ofreció como obsequio en reconocimiento a la cortesía con que se habían portado y las incomodidades que tuvieron que padecer. También llevaron hasta allí Lorent e Ibeloki, las correspondientes albardas y atalajes del animal, para que éste le fuese útil a Arnaut desde el primer momento.

Aquella acción, mucho más tangible que un documento de improbable cobro, logró consolar en parte a la familia, aunque sus miembros distaban mucho de quedar satisfechos.

En realidad, si bien es cierto que la granja había sido esquilmada de algunos productos, conservaba sus animales casi al completo, y el precio fijado por los granjeros era absolutamente abusivo. Así lo entendían por ejemplo los Flambó, y por ello, a pesar de su gran sensibilidad y fácil inclinación a la caridad, no habían presionado al Mariscal en ningún momento para que pagase al contado aquella importante suma.

No se trataba el gesto del templario de una simple recompensa por los trastornos causados, sino también de una componenda con miras a que la familia, menos indignada, no se diese demasiada prisa en ir con el cuento a las autoridades de Foix, revelando las intenciones de los cruzados.

Intenciones que en principio se suponía los granjeros debían desconocer, al menos en sus detalles, pero era evidente que sí habían visto y tomado parte en su transformación en una especie de mercaderes, y tampoco podían haber dejado de oír la palabras “herejes, Pirineos, Zaragoza,...”.

Tras entregarles la acémila, el capitán les hizo una severa advertencia, si comentaban cualquier cosa que pudiesen haber averiguado sobre ellos a las autoridades, mejor que se fuesen a vivir al otro extremo de la Tierra, pues si él conservaba la vida, les perseguiría hasta el fin del mundo para exterminarlos a todos. Luego ordenó a las chicas fuesen a buscar a su hermano para, teniéndole delante, amenazarle del mismo modo, pero éstas no consiguieron dar con él.

Había salido ya el sol hacía rato y Ferdinand no quería demorar más la salida. La columna

de mercaderes se puso en movimiento por el camino del valle del Salat. Trece personas, con veintiséis caballos, cinco mulas y cuatro bueyes tirando de sus dos carrromatos, descendían del Saint Sauveur con dirección a Saint Martory, por donde pensaban cruzar de nuevo el Garona. De esta manera, la primera etapa de la ruta iba a coincidir con la utilizada en su venida a Foix.

El proyecto de los cruzados era entrar en Aragón atravesando los Pirineos por el paso del Sumus Portus, conocido por el Mariscal y por el monje templario. Cómodo y apto para los pesados carros, y muy frecuentado por toda clase de mercaderes, arrieros y peregrinos, lo que le hacía más seguro.

Renunciaban con ello a seguir el probable itinerario de los herejes y su escolta, es decir, penetrando en el Condado de Urgell por el camino que, proveniente de Toulouse, pasaba por Foix y continuaba hacia el Sur por Tarascón, cruzaba la cordillera por el Port d'Envalira y recorría Andorra, un derrotero mucho más directo pero también más peligroso. Era bastante probable que sus enemigos mantuviesen vigilada aquella vía, sobre todo sabiendo que una partida de cruzados católicos estaba tras su pista.

Era martes diecisiete de septiembre, quince calendas de octubre según su cómputo. El día estaba soleado pero en el ambiente se notaba cierta inestabilidad anunciadora quizás del cercano otoño. Entorno a los Pirineos, a su izquierda, se divisaban inquietantes masas nubosas.

La caravana marchaba lentamente, al paso de los perezosos bueyes y de los hombres a pie, las ruedas chirriaban y los vehículos no dejaban de traquetear. De nuevo, y ahora con todavía mayor intensidad que hacía dos semanas y media, la emoción por la aventura en ciernes les mantenía en vilo.

“Aristo” reflexionaba para sus adentros: “¿Se han vuelto locos?... ¡Nos hemos vuelto, yo también! ¿Dónde creemos que vamos?”

* * *
